

La Violencia: Un Problema Histórico de Cultura y Civilización Política

*William Restrepo Riaza**

El desarrollo material y social del país en los últimos cuarenta años, define el hito de conformación de una sociedad moderna que ha sufrido los avatares y contradicciones inherentes a cualquier sociedad que como ésta, se debate en su historia por lograr consistencia y equilibrio en el bienestar material y cultural de su población.

Cuando se habla de la crisis de la sociedad colombiana, y se concreta su estudio alrededor de la problemática teórica e histórica del Estado, son bien conocidas las innumerables alternativas que para el investigador se presentan respecto a su visualización y comprensión.

Hoy día pudiera decirse que la forma dominante en el estudio del problema, es la reflexión teórica que desde las disciplinas jurídicas, sociológicas y políticas, trata de explicar el asunto de la caracterización, calificación y evaluación del Estado en nuestro país. Preguntas actuales acerca de las posibilidades de una real democracia, de una real representatividad del Estado, su legiti-

midad y legalidad, o en un campo mucho más complejo, la pregunta por la modernidad del Estado, son el producto de distintas formas de visualizar esa situación de crisis.

El objetivo de este ensayo es tratar de avanzar en la reflexión sobre uno de los problemas fundamentales que se presentan en el proceso de conformación del Estado nacional moderno en este país; se trata de una aproximación explicativa del fenómeno de la violencia, como forma dominante que concreta la crisis estructural de nuestro sistema político, introduciendo el papel de dos factores históricos a los que se intenta dar valor teórico: la ausencia de una cultura de participación y, consecuentemente, un vacío de pertenencia e identidad de nuestro pueblo como unidad sociohistórica y antropológica.

1. La identidad cultural y la formación de la nación

Uno de los asuntos que hace parte de la problemática de la crisis actual, tiene que ver con la existencia o no de una identidad cultural de los miembros de la comunidad. Son muy débiles y

* *Director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.*

casi inexistentes en el país puntos de convergencia fundamentales, que coloquen al grueso de la población —al margen de su pertenencia política, diferencias de clases, formación educativa— en un espacio cultural que les permita identificarse como pueblo, con objetivos históricos propios y diferenciados, es decir, que moldee lo que llamaríamos una personalidad histórica común a nuestro contexto geopolítico y social. Existen sí, puntos de identidad culturales de grupos o subgrupos, cuya esencia es precisamente la autonomía y la diferenciación, pero no la comunidad o identidad global a través de los principios de afirmación y reconocimiento del orden general de la sociedad respecto del Estado y la Nación.

No hay en el país una fuerza materializada en un proyecto histórico y cultural; es decir, no hay un sentimiento de pertenencia y arraigo propios de lo que en la filosofía de la historia se podría denominar el ser de la Nación colombiana. El

[...] énfasis en las redes interpersonales de solidaridad política y en su expresión simbólica tiene un presupuesto básico implícito: la falta o precariedad de una *base material* que unifique al país desde lo económico, que se debería expresar en un mercado nacional unificado, unas relaciones capitalistas generalizadas [...] La precariedad de todo esto tiene que ver con las vicisitudes de la integración de Colombia al mercado internacional, que sería tardía y complicada; la difícil geografía coadyuva para complicar la integración del territorio nacional. Tampoco se ha dado un *consenso generalizado* a lo largo de nuestra historia que legitime plenamente nuestras ins-

tituciones nacionales, siempre sujetas a la eventual rebeldía de los disidentes y siempre víctimas del cuestionamiento de los excluidos. Estas carencias han llevado a privilegiar los aspectos de las redes de interrelación personal y de la expresión simbólica de la unidad nacional.¹

En cada uno de los niveles del orden social se palpa esta ausencia y se siente con tal fuerza, que es posible sostenerla como un factor determinante, no excluyente ni exclusivo desde luego, del conflicto sociocultural e histórico que vivimos.

En lo político, y respecto al ordenamiento institucional, se presenta ese vacío de identidad cultural, porque hay un gran distanciamiento entre el orden formal de la sociedad y el sentido de compromiso que exprese en el hombre real elementos de convergencia identificadora y de participación social y cultural.)

Todo esto ha sido propio del proceso histórico que marca la lucha por lograr un avance hacia una sociedad moderna, con todas las implicaciones que esto tiene. Desde el siglo XIX se evidenció la imposibilidad de una integración material y cultural real.

La fragmentación del poder y las consiguientes tensiones entre sus instancias locales, regionales y nacionales, se vieron reflejadas durante el siglo XIX en los enfrentamientos federalismo-centralismo y en las guerras civiles regionales y nacionales. Esta serie de conflictos refleja la transición de los principales momentos de la articulación entre burocracia nacional y élites regionales y locales y muestra los episodios principales del proceso paulatino de construcción de la nación colombiana.²

En el siglo XIX el debate histórico cultural giró en torno a la negación de la herencia mental y cultural española en sus aspectos básicos: orden social y político, religión, legislación, educación y concepción frente al trabajo. La contrapropuesta a la tradición se consignaba en el ideal del «hombre nuevo», que según don Juan García del Río, debía ser el ideal del hombre anglosajón, disciplinado, responsable, trabajador, ahorrador, frugal y sano en sus costumbres. La modernidad, según los liberales, se lograría en la medida en que superaran las formas materiales, culturales y mentales heredadas de la cultura española.

De hecho, la ruptura política con la Colonia, no se sustentó, tal vez no podía hacerse, en un proyecto que llenara el vacío dejado por la ausencia del Estado absolutista colonial y sobre todo, por la cultura hispana. Los valores, usos y costumbres mentales y culturales españoles estaban enquistados en el ser de nuestro pueblo y fueron el eje sobre el cual giró, por afirmación o negación, el gran choque cultural en el siglo XIX. La dinámica histórica de esa sociedad muy pronto se expresó a través de la lucha política partidista, que se fue constituyendo, poco a poco, en elemento de la formación social y estatal. El

[...] proceso de construcción del Estado-Nación [...] pasa en Colombia por la formación temprana del sistema de dos partidos, conservador y liberal, que se constituyen en los mediadores tradicionales entre el Estado y las clases dirigentes de la sociedad civil. Esta creación de los dos partidos constituyó la respuesta a la *fragmentación del poder* a nivel nacional, regional

y local, que caracterizó la historia independiente del país al desaparecer el poder unificado de la Corona española. También fue la respuesta a la crisis de legitimidad que experimentaron los nuevos gobiernos republicanos que reemplazaron a las autoridades metropolitanas, al proporcionar a la población un vehículo de identificación con la sociedad nacional en proceso de conformación y un instrumento de relación entre las clases dirigentes regionales y la burocracia central: estos procesos de interrelación e identificación van a caracterizar la historia de la formación de la nación colombiana.³

De todas maneras, esos vehículos de identificación no lograron, ni han logrado hasta el presente, un objetivo instrumental de identificación nacional, precisamente por las mismas características, limitaciones y contradicciones de conformación y función política de los partidos dominantes.

El fenómeno del mestizaje que caracterizó el orden socio-racial colonial, simbolizaba la jerarquía propia de una sociedad basada en una discriminación legal, cultural y material. Naturalmente que el largo período de dominación colonial produjo sus frutos en la mentalidad del hombre americano; por eso la estructura cultural colonial mantuvo su vigencia durante el siglo XIX. El desarrollo cultural y político de ese siglo, no logró una transformación sustancial de la herencia colonial. Los proyectos políticos que se adoptaron, nunca hicieron parte de una nueva propuesta cultural entre otras cosas porque los sectores dominantes también se debatían en la dualidad de un modelo europeo extraño y la herencia española.

El enfrentamiento entre tradición y modernización es el eje del proceso histórico del siglo XIX; éste se desarrolló no sólo en términos contradictorios sino también tomando a préstamo y a remolque, formas ideologizantes, y no proyectos consistentes, del pensamiento europeo. No se buscó la construcción de un ser propio de lo americano, es decir, no se asimilaron las concepciones universales del hombre por la vía de un pensamiento que se recibía del mundo occidental, para ser aplicadas a un objeto y a una dinámica peculiares en nuestro espacio geopolítico. Tampoco se dio la posibilidad de una proyección constructiva en el individuo y la sociedad que permitiera la conformación de un sistema de pensamiento propio, una identidad de pertenencia a un espacio, aún con los valores y la mentalidad provenientes de la herencia histórica del mestizaje. El siglo XX no ha resuelto este debate.

En general se ha reconocido que la construcción del ser unitario nacional se ha dado a través de la función histórica desempeñada por los partidos y que ella ha tenido la peculiaridad de enquistar una relación de dependencia y usufructo entre Estado y partidos.

La manera de ser nacional se constituyó en Colombia por el tortuoso camino del bipartidismo, en el espacio político, en el campo privilegiado del Estado, donde los partidos tuvieron su origen y se reprodujeron, identificándose y confundiendo con él, adoptando como referentes las mismas figuras míticas fundacionales —Bolívar y Santander— y trenzándose en una lucha cruenta y violenta por el control institucional del aparato.⁴

Sin embargo, en la conformación y dinámica política de los partidos, aparecen graves contradicciones, conflictos y obstáculos para el cumplimiento de un objetivo esencial: la construcción de una identidad nacional en el sentido de introyección de los valores propios en el plano social, cultural y antropológico de un pueblo en cuanto unidad.

Se afirma que los partidos fueron y han sido el camino de conexión entre los espacios autónomos regionales y entre el hombre y el ser nacional, pero en esa función histórica, su papel ha sido negativo respecto a los logros de este pretendido objetivo. Además, habría que sopesar la intervención de otros organismos e instituciones sociales tanto gubernamentales como aquellos fundamentales a la estructura social: escuela, iglesia, familia, por ejemplo.

La construcción de una mentalidad colectiva de identidad nacional no debe ser referida a un solo nivel institucional, sino a todo un contexto de orden formal e informal, que tiene que ver con principios, normas y valores que en el mediano y largo plazo puedan ser asimilados por la sociedad civil y el sujeto particular. El proceso de conformación estructural de la identidad nacional tiene que ver también con un desarrollo material y racional expresado en los factores de constitución de una sociedad denominada moderna.

El gran vacío de nuestro sistema político está originado en el atraso y estancamiento de la estructura y de la función de los partidos tradicionales. En la intención de relacionar el individuo aislado con la identidad de lo nacional, lo que ha resultado es una dualidad contradictoria y absolutamente

negativa: construir y mantener un sistema político de carácter excluyente y ejercer un control histórico sobre el Estado y sobre las instituciones gubernamentales.

Ha quedado entonces, una cuenta histórica respecto de la construcción de una cultura de la identidad nacional que en este espacio particular de lo político, tiene que ver también con la ausencia de una cultura política de participación.

Si se entiende la relación estrecha entre la cultura de identidad y la cultura de participación, como el complejo sistema de ideas, principios y valores por medio de los cuales los hombres individual y colectivamente, asimilan y hacen propios todos los principios de vivencia con el todo social y con el espacio unitario nacional, mediante una participación cada vez más generalizada en la contienda abierta y racional por expresarse e incidir sobre el Estado, podríamos decir entonces que en este país, debido a los rasgos peculiares aquí brevemente esquematizados, el proceso histórico-político no ha podido conducir hacia tal construcción. La función política global se ha convertido en mecanismo de la exclusión y ha desarrollado una serie de modelos enquistados en la mentalidad colectiva, cuya presencia más latente y universal ha sido el rechazo social e individual —generalmente expresado en el plano irracional e inconsciente— del valor y representación del Estado, de la política y de lo político.

Otro factor que ha sido considerado como fundamental para la construcción de elementos de cohesión e identidad del pueblo colombiano, ha sido

expresado en la formación de los principios de la moral cristiana católica. Generalmente es reconocido este factor como uno de los puntos básicos de identidad nacional.

La educación política a la ciudadanía y a la niñez y juventud fue abandonada por el Estado que confió más en el poder de control de la Iglesia que en la fuerza de la razón y de la cultura. La ética civilista basada en la autonomía del hombre para la organización de su vida y su gobierno fue sustituida por la prédica religiosa y por la sacralización de las instituciones del Estado.⁵

Naturalmente los valores cristianos se introdujeron desde las fases más originales de organización social y cultural en la Colonia, y por ésto siempre se ha sustentado que sobre ellos se ha conformado una especie de ethos cultural, cuya función instrumental hasta el momento ha sido la de controlar y cohesionar la sociedad y el individuo.

Podría decirse, sin embargo, que las mismas características de evolución histórica del ser cristiano católico, han dejado huellas en el individuo a través de unos valores en el sentido formal y externo. Pero también, que aquellos valores no han dirigido ni enmarcado las acciones individuales y mucho menos las sociales. Por ejemplo, no han servido como mecanismo de control de la violencia; y más grave aún, en determinados momentos de nuestro devenir, la Iglesia, como institución, ha participado y hasta ha sido epicentro de las luchas irracionales para la resolución de los conflictos políticos y sociales.

Colombia es un país donde la Iglesia y la religión católicas han constituido hasta fecha muy reciente la piedra angular del comportamiento normativo de su población [...] La intolerancia parece ser una constante a través de nuestra historia. El hecho de haberse constituido ya desde mediados del siglo pasado la posición frente a la Iglesia católica como frontera divisoria entre los partidos, y el tradicional alinderamiento de la Iglesia con el conservatismo, llevaron a que los conflictos políticos se asociaran frecuentemente con los religiosos, lo que le confirió un carácter sectario a la vida del país a lo largo de nuestra historia.⁶

Además, si de lo que se trata es de insistir en la ausencia de un elemento cohesionador propio de una cultura política de identidad construida a través de nuestra historia, no es precisamente el valor de la moral cristiana el que ha aportado algo en esa dirección. La descomposición a que hemos llegado no sólo trasciende los problemas en el plano de lo social, sino que llega hasta lo más profundo del individuo que, se supone, es el campo específico en donde los valores morales de una religión actúan como fuerza de control y cohesión.

2. Modernización, cultura de participación e identidad nacional

En el siglo XX nuestra sociedad, en razón de sus condiciones específicas de evolución, tampoco presenta en forma clara la constitución de unas bases definidoras de tal cultura. Naturalmente lo que se debe destacar en el caso colombiano, son las peculiares formas que

adopta nuestra dinámica histórica como pueblo. Si bien los factores intervinientes muestran en otras sociedades también crisis recurrentes, períodos de descomposición y de violencia, el mero análisis comparativo no agota la posibilidad de encontrar fenómenos, fuerzas y dinámicas bien propias de nuestro ser histórico.

Desde el punto de vista sociopolítico, nuestro país presenta fenómenos tales como: dominio excluyente de los partidos tradicionales y como consecuencia de ello, ausencia de una participación política de masas; resolución de los conflictos socio-materiales de la estructura tradicional a través de un reformismo asistemático y contradictorio; y traumatismo de los movimientos populares o de masas con el advenimiento del capitalismo, que fueron usufructuados por el partido liberal durante la primera mitad del siglo XX, y luego por los dos partidos en el proyecto del Frente Nacional. En fin, ausencia estructural y recurrente en toda nuestra historia moderna, de una apertura importante y real para la expresión de otras alternativas políticas, cuando el desarrollo del país objetivamente lo ha exigido.

Esto no impide el reconocimiento de espacios formalmente democráticos que, contradictoriamente, van aparejados con restricciones y violaciones sociales e institucionales al libre desenvolvimiento del hombre en el campo político y personal.

Es por esto que se ubica siempre de manera contradictoria la valoración histórico-política del Frente Nacional como espacio culminante del proceso contemporáneo que concreta la moder-

nización del país. Al reconocer sus aspectos positivos surgen también sus contradicciones, sobre todo, en lo referente a una apertura clara de participación democrática y consensual.

Son precisamente esas contradicciones el espacio donde aparece históricamente la recurrencia del factor de choque o enfrentamiento material, como mecanismo que conforma el fenómeno violencia en cualquiera de sus manifestaciones. Al salir de esa gran crisis de la Violencia el país aceleró su proceso de fortalecimiento capitalista pero no integró suficientes transformaciones sociales y políticas que respondieran a lo que ya era un país nuevo. Políticamente

[...] los partidos no se modernizaron. Por el contrario se acomodaron a la utilización del erario y al clientelismo que se convirtió en el método no sólo predominante de la acción política sino en el único medio de acercar a las urnas a unos cuantos millones de colombianos que se beneficiaron de esta manera de las migajas que el poder liberal-conservador repartía, materializado en puestos públicos, auxilios parlamentarios y en general en la utilización exclusiva y excluyente de los recursos de la hacienda pública para mantener el predominio de unos partidos y unas instituciones cerradas a la participación ciudadana.⁷

Así, en la óptica histórica de la larga duración como referencia para la conformación de la modernidad del país, la gran contradicción está dada en que la sociedad ha avanzado en términos materiales mientras las posibilidades de participación y representación políticas se mantienen paralelas a formas institucionales y materiales que impiden un acceso real al Estado, por

parte de las grandes mayorías urbanas y rurales.

Una democracia limitada y restringida; con base social limitada a un electorado cuyo único respaldo ha sido acercarse a las urnas a depositar un voto para que sobre él se levante un edificio antidemocrático. La crisis de legitimidad dice en Colombia en primer término de la ausencia de respaldo ciudadano a las instituciones del régimen. Dice también de la ausencia de apoyo ideológico y de militancia política. De la debilidad de la sociedad civil, sobre todo de los sectores populares subordinados quienes han construido sus organizaciones al margen del Estado y casi siempre en abierto enfrentamiento con él.⁸

El momento en que se concreta el proceso anterior lo constituye la coyuntura del Frente Nacional, el cual a pesar de sus positivos logros históricos dentro de los cuales el desarrollo material llega a su punto más alto, no permite por sus mismas características excluyentes, captar las nuevas fuerzas sociales en términos participativos frente al orden estatal. «Las secuelas que trajo y dejó el Frente Nacional sobre el proceso político colombiano se evidencian hoy en la creciente erosión de la ideología consensual, en la apatía electoral de amplios segmentos de la población, y en el surgimiento cada día de nuevas formas desinstitucionalizadas de acción política.»⁹

La sociedad civil busca entonces su expresión política a través de las diversas y complejas vías de los movimientos populares, paralelos a los proyectos de violencia guerrillera, y en general de la violencia civil. La distancia entre una sociedad civil emergente y un

Estado que se fortaleció de manera unilateral, aislado del contexto participativo de esa sociedad, se manifiestan en la dinámica conflictiva de la violencia indistinta y recurrente.

Lo que hemos denominado ausencia de una cultura de participación y el consecuencial vacío de pertenencia o de cohesión histórico social en el país, se convierten en los símbolos que concretan la crisis mencionada, convirtiéndose en espacios propicios para las manifestaciones de violencia como forma dominante de la expresión nacional y ciudadana.

El proceso de recurrencia a la violencia se convirtió en una especie de entidad propia de nuestra historia, y enmarca la gran contradicción: mientras más se ha avanzado hacia los logros del desarrollo moderno, más se ha acentuado el mecanismo de la resolución de los conflictos por las vías violentas, en contra del presupuesto histórico de que el desarrollo material en sí mismo conlleva unas nuevas y más avanzadas formas de civilismo.

En este conflicto que concreta la relación Estado-sociedad a través de lo que denomino vacío de pertenencia o de identidad histórica y cultural, se van desarrollando las complejas formas de desinstitucionalización del Estado a partir de su propia deslegitimación, la cual enmarca el momento que vivimos.

Se da entonces la gran paradoja del juego contradictorio entre un desarrollo material y un atraso histórico y cultural con respecto a la convivencia y a la relación entre los hombres. Cultura y civilización en sentido clásico se ven entonces enfrentadas por una dinámica de peculiares características, difíciles

de explicar si se enmarcan en el sentido de una simple evolución lineal y de cambios acumulativos.

Si el fenómeno cultura se sustenta en unas realidades históricas de conducta colectiva que van apareciendo y se mantienen cada vez más fortalecidas, entonces en el caso de nuestra cultura política, no parece posible una tal construcción y avance.

Además, si en ese complejo de cultura histórica reconocemos como formas de materialización las actividades del conglomerado humano —religión, lengua, economía, ciencia, costumbres, política—, tendríamos que evaluar de qué manera en nuestro caso y en referencia a la cultura política, se han asimilado e integrado, modos de conducta colectiva tales como los principios republicanos liberales de libertad, representatividad, respeto, participación y concertación para poder reconocernos como pueblo-nación.

Las concepciones clásicas de cultura que han sido dominantes, de una u otra manera se han concretado en la perspectiva de factores complejos, cuya esencia asume la existencia de los valores, las costumbres, las normas, los principios, las expresiones lingüísticas y todos aquellos símbolos que dicen de un pueblo como unidad en un espacio y un tiempo determinados. Sin embargo, contemporáneamente se ha intentado avanzar en el concepto, considerándolo inscrito en la dinámica propia de las sociedades, particularmente respecto de las formas o mecanismos de construcción de identidades históricas que se alcanzan por medio de los mismos espacios sociales e institucionales, formales e informales.

Así, las instrucciones, reglas, planes, fórmulas que de una u otra manera van moldeando y dirigiendo las conductas en las sociedades, se piensan hoy en el plano histórico, como factores fundamentales al ser totalizante del fenómeno cultura.

La existencia de estos mecanismos artificiales, formales e informales, que moldean las conductas colectivas de un pueblo, son fundamentales para los logros y avances de éste, no sólo en las sociedades más primarias y tradicionales sino, y con mayor razón, en las modernas.

Esta visión dinámica y funcional de la cultura, apareja el concepto de un pensamiento humano fundamentalmente social y público, que se expresa por medio de símbolos significativos, los cuales de alguna manera, manifiestan y reflejan la experiencia material.

Si se entiende lo anterior como un proceso amplio y totalizante, nos encontramos con el juego de regulaciones propias de la sociedad en evolución, lo que significa la existencia de un reducto construido y elaborado, constituyente del espacio cultural en el cual el individuo estaría sumergido desde sus momentos más primarios. Los símbolos ya están dados y se convierten en marcos de referencia que moldean la construcción del hombre en su devenir, lo cual es desde luego factor fundamental en el ordenamiento de la sociedad. El juego de relaciones entre la potencial amplitud y la «[...] indeterminación de las facultades inherentes al hombre quedan reducidas a la estrechez y el carácter específico de sus realizaciones efectivas [...] todos comenzamos con un equipamiento natural para vivir un millar de clases de vida, pero en última instancia

sólo acabamos viviendo una.»¹⁰

O sea que en la relación histórica del hombre en la sociedad, ésta enmarca la construcción de sus propios parámetros ordenadores, en la integración de los principios remanentes ya elaborados pero dinamizados, renovados y fortalecidos, con aquellas formas nuevas que se van creando en el mismo devenir. De esta manera el hombre se integra con su propia energía natural a una estructura sociocultural expresando lo suyo, pero condicionado por aquellos principios valorativos ya dados por abstracción en el todo social e histórico. «[...] Siendo agente de su propia realización, el hombre crea, valiéndose de su capacidad general para construir modelos simbólicos, las aptitudes específicas que lo definen, o, el hombre se hace, para bien o para mal un animal político por obra de la construcción de ideologías, de imágenes esquemáticas de orden social.»¹¹

Es en relación con lo anterior que es posible ubicar la importancia histórica de construcción de símbolos y conductas, en este caso particular, de participación y compromiso de los hombres con el contexto formal de la sociedad en la cual están inscritos. Y es precisamente ahí, donde se encuentra esa limitación cultural en el caso colombiano, al no haberse desarrollado en nuestra historia, no sólo las normas de participación sino y sobre todo la costumbre de participación colectiva en el plano político.

3. Estado nacional moderno, crisis política y violencia

Lo que hoy día se generaliza en el campo político por omisión o por acción y que se concreta en una *anomia* ge-

neral, no es sino la expresión de una carencia histórica que, materializada en la crisis recurrente de este país, simboliza lo que he denominado vacío de identidades no construidas, el cual aparece por la incapacidad histórica de crear y desarrollar la costumbre de la participación, el compromiso y el consenso.

[...] Si no estuviera dirigida por estructuras culturales —por sistemas organizados de símbolos significativos— la conducta del hombre sería virtualmente ingobernable, sería un puro caos de actos sin significación, de estallidos y de emociones, de suerte que su experiencia sería virtualmente amorfa. La cultura, la totalidad acumulada de esos esquemas o estructuras no es sólo ornamento de la existencia humana sino que es una condición esencial de ella.¹²

En nuestro país, la polarización de fuerzas sociales, sustentada esencialmente en los desequilibrios frente a las posibilidades de una vida digna para la población, se ve aparejada con la ausencia de una cultura cohesionadora, instrumento y a la vez espacio de valoración propia para la convivencia y el respeto, alrededor de aquellos símbolos de integración necesarios a una sociedad en curso hacia su modernidad.

Como los diversos tipos de sistemas de símbolos culturales son fuentes extrínsecas de información (modelos para organizar procesos sociales y psicológicos), ellos entran decisivamente en juego en situaciones en las que falta el tipo particular de información que ellos contienen, en situaciones en que las guías institucionalizadas de conducta, de pensamiento o de sentimiento son débiles o no existen. Uno necesita poemas y mapas camineros.¹³

La ausencia y el vacío como expresiones o faltantes de nuestra configuración como Estado nación moderno, se convierten precisamente en el espacio donde se expresa la conducta social e individual en forma autónoma y libre de cohesiones o de puntos de identidades culturales. No hay introyecciones que expresen un reconocimiento, no propiamente formal, sino de vivencias respecto a una participación en el proceso de conformación política del país y tampoco se han construido e introyectado los valores de reconocimiento necesarios a un orden y a unos principios de regulación, propios de cualquier sociedad.

[...] La consolidación de una cultura política pluralista, participativa, tolerante, competitiva y con espacios para la disensión requerirá, a nuestro parecer, de desarrollos culturales e institucionales que le impriman una cierta direccionalidad (democrática y producto de un consenso) a la sociedad colombiana. Una de las más apremiantes necesidades de la vida colombiana, la creación de una auténtica cultura urbana, con claros elementos de identidad ciudadana que genere valores colectivos y que le reste espacio a la delincuencia juvenil y al sicariato, requiere de directrices en términos de políticas educativas (identidad, participación) y sociales (acción comunal, salud pública, desarrollo familiar, etc.).¹⁴

Lo anterior porque hay que insistir en que una cosa han sido los proyectos históricos formales y otra la posibilidad de encontrar en el hombre común, en nuestro pueblo como nación, en el sentido de cultura y civilización, esos principios transformados en una necesaria

mentalidad colectiva, de identidad y participación. Las realidades históricas institucionales —educación, ciencia, religión, arte— en sí mismas expresan unos modos de conducta y unas maneras de actuar social e históricamente, que se ven sustentados básicamente en las ideas, las creencias, y sobre todo, en los valores que son propios del hombre en cuanto realidad histórico antropológica.

La construcción de una cultura política nueva debe, de un lado, afirmar los valores y las actitudes positivas presentes en la tradición nacional. Pero debe también encarar críticamente los rasgos negativos del comportamiento colectivo, los aspectos problemáticos de la psicología nacional, sin idealizaciones ingenuas de lo popular o de lo nacional, pero también sin pesimismo extremos que vendrían a reforzar estados de ánimo y opiniones negativistas sobre la no viabilidad del país, bastantes comprensibles a la luz de la crisis actual de la sociedad colombiana.¹⁵

En ningún momento de nuestra historia moderna y en las coyunturas que aquí hemos denominado fundamentales para la estructuración de un proyecto nacional, se ha dado un equilibrio entre la organización formal y la consecuente legitimación por asimilación consciente, compromiso y vivencia colectiva, de parte de aquellos que constituyen la fuerza social que materializa el valor del Estado-Nación: el sujeto civil, el hombre.

Nuestro pueblo se ha debatido desde el siglo XIX entre un republicanismismo extraño, hegemónico y aislado, unos valores religiosos más acentuados institucional y materialmente que como objeto de una mentalidad colectiva de

identificación, y un mestizaje, que por las mismas razones de la forma que ha adoptado nuestra dinámica histórica, no puede ofrecer un simbolismo de reconstrucción de un ser y una cohesión cultural propios.

Es en este contexto donde se deben destacar las manifestaciones de autogestión social, política y cultural, de algunos pueblos campesinos y minorías, que de manera recurrente se han dado en la historia del país. Estos fenómenos deben ser reconocidos como expresión de esa necesaria energía potencial del hombre común, que al no ser integrado realmente al contexto socio-cultural de la nacionalidad, expresa su propia energía participativa en el ámbito de sus intereses más sentidos.

Los movimientos campesinos de la primera parte de este siglo, los pueblos o unidades geopolíticas independientes en los períodos de violencia aguda en la década del cuarenta, y luego las repúblicas independientes y los espacios de colonización, son ejemplos contundentes, en la búsqueda de autoconstrucción y gestión autónoma y autóctona, de espacios de supervivencia participativa pero además defensiva. En su origen convergen los rasgos de sus propias identidades—naturales o construidas—, según el caso, con la conciencia de una confrontación frente a un poder socioestatal, con quien no tienen puntos de identidad ni afinidad.

Naturalmente que estos fenómenos se dan cuando aparece la constante contradicción con el orden formal, que se sustenta en un poder que sólo a medias, y a través de la fuerza coercitiva, trata de consolidar su presencia real, pero que no puede afirmar su legítimi-

dad frente a distintos sectores de la sociedad, forzados a integrarse a una nacionalidad incompleta, contradictoria y vacía de soporte histórico, social y cultural.

En la relación entre la estructura formal del Estado y su concreción en un aparato gubernamental, encontramos el gran problema de la ausencia de una confluencia de las fuerzas sociales y los hombres, alrededor de ese ente abstracto que es el Estado. La sociedad civil no se siente parte integrante, copartípe o contradictora del orden. Ni siquiera en los grupos políticos dominantes se encuentra la armonía con el Estado en el sentido aquí anotado. Estos sectores usufructúan y sustentan su poder al ejercer un control sobre aquél, pero lo hacen en un sentido instrumental, manteniendo la ausencia en ellos de compenetración y equilibrio en el sentido de una vivencia histórica.

Esa ausencia del valor de reconocimiento del Estado se rompe cuando éste toma forma en lo cotidiano a través de la represión, los impuestos y las limitaciones agobiantes del diario subsistir, o aún con las mismas ayudas de un Estado paternalista, porque en cuanto símbolo del ser social, el Estado es un monstruo de mil cabezas sin forma y sin representación positiva.

Son entonces la falta de una identidad histórica y cultural y el vacío de pertenencia frente al Estado, factores estructurales en los cuales podrían encontrarse, entre otras, las razones del profundo origen de la negación generalizada al sentido y realidad del orden, la ley y la autoridad, por parte de la sociedad en general y del hombre en particular.

Es precisamente esa negación, el

símbolo presente en cada uno de los momentos que expresan el enfrentamiento o la ausencia, frente a un statu quo institucional, que no ejerce, a través de sus formas de materialización, ningún tipo de control y límite a las más instintivas energías y conductas del hombre en la sociedad. Y la introyección de las normas no puede lograrse, aunque exista la fuerza material que lo haga posible, porque las conductas sociales de respeto y aceptación no han sido moldeadas a través de nuestra historia, para que conformen un valor cultural enraizado en los hombres, respecto del reconocimiento del otro, en el sentido abstracto del Estado y en el sentido de los hombres en su relación particular y colectiva.

Es lugar común hoy día al hablar de la crisis del Estado, manifestar en forma generalizada su debilitamiento, concretado cotidianamente en la desobediencia civil y en el desconocimiento del sentido de autoridad. Obviamente la profundización de la crisis generaliza la negación de un estatuto de validez a la organización socioestatal general. Es éste el símbolo de la crisis a nivel estructural y se refiere al gran proceso de deslegitimación que se vive hoy.

Para confrontar la crisis se ha generalizado el grito válido de un rescate del orden, retomar el poder de la autoridad y así, el remedio se concreta en la búsqueda del fortalecimiento de los mecanismos normativos y físicos, que apunten a la reconstitución del orden perdido. Todo esto, que desde luego es lógico y válido, no parece suficiente ni como explicación ni como solución. Todo lo contrario, se exigiría un tratamiento causal mucho más profundo

que trascienda el esquema de lo formal, para enfrentar una realidad presente en nuestra historia.

La ausencia de reconocimiento de la autoridad formal y su generalización en el no reconocimiento de la dignidad del otro, como es el caso de la violencia cotidiana, no empieza ni termina en la falta de normatividad ni de fuerza coercitiva. Allí se expresa, pero se origina y evoluciona al ritmo de la historia hasta concretar el proceso de deslegitimación actual.

Se podría afirmar que en el presente hay ausencia de un sentido de pertenencia y de puntos de convergencia e identidad dentro de nuestra sociedad. Esta ausencia se manifiesta claramente en la negación generalizada de los principios de autoridad necesaria a la armonía de un orden social y político. Pero además esta limitación incide para que se de en última instancia un proceso de deslegitimación, no sólo en el sentido teórico, como condición del Estado, sino también y con mucha mayor fuerza, en el sentido de un vacío de reconocimiento de su validez histórica y social.

Es en el contexto general anotado, donde creo que se encuentran expresados los conflictos de relación entre los grupos sociales, entre éstos con el Estado y, a la vez, entre los mismos sujetos particulares en la sociedad. Cotidianamente estamos constatando que en ese profundo vacío y ausencia de identidad política y cultural con el Estado, aparecen las conductas violentas y de fuerza que poco a poco se han entronizado para la solución de los más complejos y los más elementales asuntos del hombre colombiano.

Naturalmente que el fenómeno violencia no debe reconocerse como exclusivo de Colombia ni tampoco como una expresión específica contemporánea. Es verdad común el afirmar la conducta individual y social violenta como una inherencia histórica de la humanidad. Pero en nuestro país habrá que reconocer que ese fenómeno presenta características, persistencias, proyecciones, además de funciones bien peculiares.

Al no existir una identidad real de cohesión como pueblo, el hombre, alejado de la participación e interacción frente al Estado, no se ha integrado realmente en el hacer político y ha tenido naturalmente que ir buscando puntos, espacios, símbolos de convergencia no propiamente sociales y políticos, sino de persona y acaso de grupos.

Si nuestra sociedad, a pesar del desarrollo moderno, presenta las contradicciones propias de ese proceso, si no existe una cultura de participación política que convierta a ese hombre común en copartícipe de la lucha por la conformación del orden social, y si además, los que pudieran ser reconocidos tradicionalmente como símbolos de unidad histórica cultural, en el campo complejo de los valores, no aparecen como unidades de integración sino de dislocación social, poco a poco entonces, se va individualizando ese potencial ser social, hasta manifestarse en el irracional conflicto de todos contra todos.

Aparece así el círculo vicioso de la dinámica de destrucción, que ha conducido en su última fase a la negación del valor de uno en el otro. Ausencia del reconocimiento del valor y dignidad de la persona y de la vida.



Notas

1. GONZALEZ GONZALEZ, Fernán. «Aproximación a la configuración política de Colombia». En: *Controversia*. Bogotá . No.153-154, 1989, pp. 22-23.
2. *Ibíd.* p. 39.
3. *Ibíd.* p.23.
4. URIBE, María Teresa. «Los destiempos y los desencuentros: una perspectiva para mirar la violencia en Colombia» En: *Revista Universidad de Antioquia*. Medellín. No. 220, 1990, p. 11.
5. MARQUEZ, Gerinaldo. «Violencia política y diálogo nacional» En: *Revista Foro*. Bogotá . No.8, Feb., 1989, p. 53.
6. LOPEZ DE LA ROCHE, Fabio. «Cultura política de las clases dirigentes en Colombia: permanencias y rupturas» En: *Ensayos sobre cultura política colombiana. Controversia*. Bogotá . No.162-163, 1990, pp. 102-103.
7. MARQUEZ, Gerinaldo. *Op. cit.* pp. 52-53.
8. *Ibíd.* p. 53.
9. SANTAMARIA S., Ricardo y SILVA LUJAN, Gabriel. *Proceso político en Colombia. Del Frente Nacional a la Apertura Democrática* 2a. ed. Bogotá : CEREC, 1986. p. 35.
10. GEERTZ, Clifford. *La Interpretación de las Culturas*. México: Gedisa, 1987. p. 52.
11. *Ibíd.* p. 19.
12. *Ibíd.* p. 52.
13. *Ibíd.* p. 191.
14. LOPEZ DE LA ROCHE, Fabio. *Op. cit.* p. 101.
15. *Ibíd.* p. 101.